

Homenaje a Francisco-Javier Hernando Huelmo

## AIRES DE TENACIDAD

Por Abelardo Martín Ruiz, Procurador de los Tribunales



El pasado 6 de febrero, el amanecer vino cargado de sombras. A las 10 de la mañana supe de tu muerte, Javier. Tu eterna colaboradora, Aurora, me llamó deshecha en lágrimas anunciándome la mala nueva. Tu largo combate había terminado, pero la victoria finalmente era tuya porque no te habías doblegado en ningún momento ante el infortunio.

Tú y yo nos conocimos allá por 1989, aproximadamente. En un pleito penal hubo un relevo de Abogado y ahí apareciste. Desde ese momento iniciamos una relación de amistad que ha durado hasta hoy y que se fue reforzando con el tiempo. Hemos colaborado durante años y no recuerdo que jamás tuviéramos disputa alguna; más bien todo lo contrario.

Tú eras una persona que te hacías querer. Un optimista nato, un buen hombre. Cuando las cosas se complicaban y venían los problemas, no recuerdo en ti ni una sola reacción de cólera. Siempre buscabas el lado positivo, aquello que podía solucionar el enredo, no al revés. Era la marca de la casa.

Mil recuerdos han hecho hervir mi mente en estos días de tu primera ausencia. Ordenarlos todos me resultaría imposible ahora mismo, porque se agolpan caóticamente. Contigo he pasado muchos momentos alegres ya que la delicadeza y el buen humor eran algo consustancial a tu

manera de ser y conducirte por la vida. Eras una persona afable, siempre dispuesta a tender la mano. O, al menos, es lo que puedo contar de ti, ahora que, desgraciadamente para mí, ha sonado la hora del balance.

Pero los tiempos cambiaron súbitamente y alguien decidió que había que ponerte a prueba. Nunca olvidaré aquel aciago día de julio en que había quedado contigo y regresabas del médico. Me comunicaste que algo no iba bien con una entereza que te aseguro que me sobrecogió. El hombre amable y cordial estaba dispuesto a mostrarse implacable con la adversidad. Desde el primer momento —no exagero, sí, desde el primer momento— enseñaste los dientes a quien te quería robar el aliento. Nunca una queja, menos un lamento. Tu sonrisa no se apagaría ni en las situaciones más difíciles.

Cuando recorro mentalmente estos tres años de lucha infatigable, hay muchos flashes en mi memoria. Los ejemplos de tenacidad que recuerdo son continuos porque no tiraste la toalla ni una sola vez. Y algunos verdaderamente emocionantes. Una mañana hablé con Aurora. Corría el mes de noviembre de 2007. Me hizo saber que estabas momentáneamente ingresado por una contrariedad al recibir tu medicación. Sobre las 13'45 horas de la tarde me telefoneaste desde el hospital. Con voz firme y decidida me hablabas de aquella moto que yo proyectaba comprar por aquel entonces para

desplazarme hasta los recién instalados Juzgados del Paseo del Arco de Ladrillo. Un tanto asombrado por tu actitud, te dije algo así como que, si no fuera porque sabía dónde estabas, pensaría que me llamabas desde tu despacho. Tú bromeabas y le quitabas hierro al percance. Eras inasequible al desaliento, duro como el acero y, además, aun en los instantes más comprometidos, repartías serenidad. Dabas ánimos a tus circunstancias, no había lugar para flaquezas. Además, yo ostentaba con orgullo el privilegio de que siempre descolgabas cuando te telefoneaba, incluso cuando las condiciones se tornaban más ásperas. Tu secretaria, Vanesa, me lo confesó un día. Me reservabas quizás un trato especial, el del amigo que es consciente de la admiración que tu comportamiento indómito despertaba en mí, como tantas veces te transmití.

Y antes he mencionado la moto. Era tu inseparable compañera de las mañanas. Cuando te apremiaban los plazos y presentábamos escritos con el tiempo justo, siempre me esperabas en el Colegio de Procuradores para llevarme a casa de paquete. Y me decías esa frase cariñosa y espontánea que aún resuena fresca en mi mente: *“Te espero, chaval”*.

Tu arrojo nos había fascinado a todos. En mi despacho, mi padre ya casi no te citaba por tu nombre. A veces, me decía: *“He visto a ese legionario”*. O cuando yo le narraba cómo peleabas con terca determinación, afirmaba tajante: *“Es un legionario”*. Porque tú y yo charlamos en más de una ocasión sobre algo que nos gustaba a ambos y que conocías más de cerca por tu condición de antiguo teniente de Aviación: los valores castrenses, algo ya en desuso, aunque a ti, al final, te salió la vena militar. De hecho, recordarás, Javier, que cuando nos encontrábamos por los pasillos del Juzgado, yo me cuadraba ante ti y te recitaba eso de: *“¿Qué tal estás, mi coronel?”*. Tú siempre me seguías la broma, sonreías, con esa dulzura con que tan sólo tú podías hacerlo incluso en horas de especial dificultad. Me encandilaba comprobar tu voluntad inquebrantable y yo te añadía: *“¡Ánimo, valiente, que eres un valiente!”*.

Nuestros amigos comunes también me relataban detalles impactantes de ti. Luis Gómez me contaba un día estremecido que te había visto sentado en un banco de la calle Teresa Gil, esquina con la calle San Felipe Neri. Estabas haciendo tus gestiones, pero el cansancio te había hecho mella. Cuando llegó él y te descubrió allí, se colocó a tu lado y comenzasteis a conversar durante un extenso rato. Luego, Luis me decía sorprendido que hablabas como si tal cosa. No pasaba nada. Los tipos recios no se quejan, ¿verdad? Siempre miran hacia delante con la esperanza de avanzar más y más.

Fernando Barbado me comentaba hace muy poco que el último día que apareciste por el Colegio de Abogados, dos jornadas antes del desenlace que nos ha privado de tu inmensa compañía, te notó ciertamente agotado, pero, con tu férrea disciplina, no exhalaste ni un suspiro. Él te dio la toga, que tú nunca pedías, y, percatado de la largueza del gesto, le dirigiste algo así como: "¡Qué listo eres, Fernando!". Te reuniste con tus clientes y me llamaste dos veces aquella mañana. Los hombres bravos sois así. ¿Quién dijo miedo?

A los que hemos llorado tu muerte y todavía hoy nos resbalan las lágrimas por las mejillas cuando te estoy escribiendo estas sentidas líneas, nos dirías esa frase tan tuya pensada para los eventos más enrevesados: "No pases pena". Lo intentaremos, Javier, pero no va a ser fácil. Tu pérdida nos ha dejado un vacío a quienes te queríamos de verdad que solamente el paso del tiempo logrará restañar.

Podría seguir escribiendo sobre ti indefinidamente. Pero no quiero cansar la atención de quienes decidan leer esta carta abierta. Por eso, voy a terminar con sabor marcial, como seguramente a ti te gustaría, estas pequeñas reflexiones que han servido para desahogar mi emoción. La enfermedad pudo minar tu cuerpo, pero tu espíritu, tu voluntad, han quedado intactos. Ese es tu triunfo y, por extensión, el de todos los que intentamos apoyarte frente a tu peor enemigo, aunque únicamente fuera inyectándote moral, de la que, no obstante, andabas sobrado. Y, en honor a ti, querido Javier, únicamente puedo concluir aseverando algo tan cierto como que ha muerto un valiente, de pie y luchando hasta el último instante. Que cunda el ejemplo. ¡Javier Hernando no se rinde!

Hasta siempre, buen amigo.

*Querido Javier:*

*Se que cuento con poco espacio para todo lo que te quiero decir, pero aún así, voy a intentar despedirme de ti como mereces, y no como aquella noche del 4 de febrero, en la que cuando te fuiste, te dije aquel lacónico hasta mañana, que no pudo ser nunca más.*

*Nos conocemos desde aquellos remotos años de la Facultad, en los que los viejos pupitres de aula Alfonso X el Sabio, estaban sembrados con tu nombre: Yako, y en aquellas largas horas yo me preguntaba: ¿Quién será?, ¿será tan guapo?, ¿será tan listo?, pero lo que eras y yo he encontrado la respuesta algunos años después, es muy sencillo: buena persona, buen amigo, buen compañero.*

*Poco tiempo después de finalizada la carrera y en el primer y último Consejo de Guerra que me correspondió en el turno de oficio, tuve el placer de conocerte, claro que ya no eras Yako, sino el Teniente Hernando, que además era abogado, y ante el que se cuadraban los soldados. Muchas veces te lo he comentado, como impresionaba ese procedimiento, tan complicado; para mis primeros años de ejercicio; formalista y lúgubre, con los sables encima de la mesa, pero al final, no fue tan difícil la defensa y me pareció francamente inolvidable, todo gracias a ti, Javier.*

*Mas tarde comenzamos a compartir las dos profesiones que a ambos nos han apasionado: la docencia y el ejercicio profesional, y desde ellas; alegrías, tristezas, enfados, proyectos, ilusiones, todo aquello que nos ha hecho vivir la vida que tanto nos ha gustado, a pesar de todos los sinsabores que nos depara.*

*De ti he aprendido y admirado muchas cosas, fundamentalmente tu optimismo, las ganas de luchar, y sobre todo la ilusión por los nuevos proyectos. Siento, y se que vas a sonreír, que no compartiera, en muchas ocasiones, esas ideas con las que te presentabas en el despacho, o que planteabas en la escuela, y que al final, acababa diciendo, por ese sentido práctico de la vida... ya esta Javier con sus ideas... Lo siento, porque reconozco que muchas veces eran geniales, si bien, permíteme que lo diga, poco prácticas.*

*Te agradezco y tú lo sabes, que sin embargo, me apoyaras en otros proyectos en los que demostré que a veces, y parece mentira, no tenga tanto sentido práctico de la vida, aún así demostraste lo buen amigo que siempre has sido.*

*Me falta espacio para recordar lo bien que lo hemos pasado en estos últimos años, todos los compañeros del despacho, ya que lo malo, que también ha habido, es mejor olvidarlo. Tengo que reconocerte también, que la idea de compartir espacio, me costó al principio, pero también tenías razón en esto, es lo mejor. Además, para mí, son los mejores recuerdos y los mejores años de mi vida profesional.*

*Han pasado ya cuatro meses desde que nos dejaste, pero aquí te seguimos sintiendo. Todavía espero que entres y saludes desde la puerta, como hacías todos los días, pero... la vida sigue y casi siempre sin los mejores. Me rebelo pensando la injusticia de tu muerte, tú te merecías seguir viviendo, has luchado tanto, con tanta ilusión y fuerza... Comprobábamos como la enfermedad avanzaba, aún así manteníamos una secreta esperanza, pero al final no ha podido ser. El peso del tiempo nos hace comprender que no se puede luchar contra lo inevitable, aunque nos duele, pero lo mejor es analizar al final del camino, como te han visto los demás. En este sentido puedes estar muy tranquilo, todos te quieren, hasta los clientes, que lloran tu ausencia. Además, has dejado una familia magnífica, de la que siempre has estado orgulloso, lo peor, es que tus hijos, Pablo y Juan, y Lourdes, te hayan disfrutado tan poco.*

*Javier, amigo, compañero, te queremos, te respetamos y te añoramos, porque el cariño y el respeto hay que ganarlo y tú lo has hecho con creces; siempre vas a estar en nuestro corazón. Ese abrazo que no te pude dar el último día, te lo envió muy, muy fuerte, en el que incluyo a Cecilia, a Maribel y a Vanesa.*

*A pesar de tus palabras, lo siento, pero todos pasamos mucha pena.*

**Rosa Gil**